

LAS ENTREVISTAS PRELIMINARES

(Jorge Chamorro)

¿Por qué hablar de entrevistas preliminares? ¿Preliminar a qué? ¿Cuál es el sentido de la preliminaridad? Siempre me parece una buena manera, cuando uno afirma una cosa, formular por qué no otra. Cuando hablamos de entrevistas preliminares no debemos hacer de eso una consigna vacía. Entrevista preliminar se diferencia de lo que en la historia del psicoanálisis se llamó contrato analítico, es decir, una serie de entrevistas mas o menos pautadas, que podrían ser tres o dos, o eventualmente una, prefijadas, donde el analista que hacía la entrevista consignaba una información mínima anamnésica del sujeto para conocer datos de la historia; y donde formaba parte de ese llamado contrato analítico, un acuerdo entre el analista y el paciente que no tenía que ser escrito, pero sí de palabra, en donde ambos se comprometían a una actividad. La actividad a la que el analista se comprometía era estar presente siempre que decía que iba a estar presente, es decir, por el número de sesiones. Además, el paciente se comprometía a un pago; se comprometía a un número de sesiones, que en ese momento eran cuatro como mínimo; se comprometía a asistir en hora a las sesiones; se comprometía a pagar aunque no fuera a la sesión, sin importar el número de sesiones implicado. Por ejemplo, los pacientes abogados toman vacaciones en enero, los analistas tomaban en el mes de febrero, los pacientes abogados se comprometían a pagar el mes de enero. Bueno, todo esto estaba pautado porque surgen una serie de síntomas cuando no fijamos un contrato, que no necesariamente son en el buen sentido, sino son síntomas que complican la posición del analista lacaniano. Entonces, hablar de un contrato de ese orden implicaba también que cuando uno no podía hacer tal cantidad de sesiones y en tantos honorarios, se podía derivar a otro analista que cobrara menos. Eran analistas que por costumbre tenían jerarquizados sus honorarios, mas o menos fijos, de acuerdo a la jerarquía del psicoanalista en la institución. Recuerdo un didacta, que cobraba 150 dólares la sesión, cuatro veces por semana creo que daba la cifra de dos mil dólares, en el momento de crisis en la Argentina, estaba muy angustiado y yo le dije: baja tus honorarios, quién te puede pagar eso. Pero era parte de lo estipulado y no podía cobrar menos.

Qué quiero significar con esto; que hay un contrato, un acuerdo -para los que fueron a la conferencia de la mañana- de la razón, donde uno puede protestar si algo no se cumple. Un contrato entre dos personas que tiene una racionalidad: una quiere analizarse, la otra cobra por eso, y ambos se ponen de acuerdo. Esto implicaba que el yo tiene una parte sana, es una parte racional, que permite un acuerdo para sostener el análisis contra lo que podemos llamar las resistencias del inconsciente, la transferencia negativa, etc. Es decir, había un acuerdo entre dos yo, uno de los cuales tenía una parte sana y el otro era totalmente sano, el del analista. Ahora, no es así, después voy a explicar por qué. Ese acuerdo implica que el yo tiene una parte sana y una parte enferma, que es la parte neurótica del yo, que es la que no va a querer pagar después, y surgirá el conflicto.

El primer dato conceptual es que, para Lacan, el yo es totalmente enfermo, el del analista y el del paciente; y no hay curación para el yo. ¿Cómo se entiende esto? Lacan articula la posición yoica al narcisismo. Para Lacan el yo tiene una función única, esencial que es la función del desconocimiento, ¿de qué? Función de desconocimiento de la castración. Entonces, no hay parte sana del yo; el yo es uno, y tiene como función desconocer la castración. Por tanto no hay parte sana del yo del paciente, no hay parte

sana o todo sano del analista. Digo esto porque el fundamento de interpretar sobre el fondo de la contratrasferencia, o sea de la subjetividad del analista, implicaba, una concepción, de que la subjetividad es curable. Entonces, de que había una subjetividad enferma de parte del paciente y una subjetividad sana de parte del analista. Esto podía implicar cosas en el orden del ridículo, pero que formaban parte de las costumbres de la época. Por ejemplo, si el analista tiene somnolencia durante la sesión, se la provocaba el paciente; si era la subjetividad de amor, el paciente lo estaba seduciendo; o sea que toda la subjetividad del analista, pensada no como síntomas neuróticos del analista, fundamentaban y posibilitaban la interpretación. Al extremo de que si el analista tiene un lapsus, la interpretación del lapsus es para el paciente. Allí llega al extremo una lógica que dice que la subjetividad es curable, que el yo es curable, y que puede haber otra instancia yoica, que en ese momento estaba pensada como un ajuste, no a la castración, sino un ajuste a la realidad. O sea que el deseo del analista era un yo bien ubicado respecto a la realidad. Esto viene de cierta realidad freudiana. El famoso principio de realidad que Freud atribuye como fenómeno de percepción - conciencia. La realidad en Freud plantea cierta posibilidad del yo, y su principio de realidad, de ajustar el yo a la realidad.

Lacan lo que va a decir es que no hay tal principio de realidad; el yo es función del desconocimiento. Por tanto, ¿cómo hacemos con el yo del analista y con el yo del paciente? Cuando Lacan dice que el analista está en el lugar del Otro con mayúscula quiere decir que el analista funciona con la subjetividad excluida, quiere decir que no está en el lugar del sujeto. La subjetividad del analista es tan mala y tan obscurecedora y tan rechazadora de la castración como la de cualquier ser humano, por lo tanto nada se sostiene del lado de la subjetividad en el analista. Si no se sostiene en la subjetividad, ¿en qué se sostiene? Lacan dice: cuanto menos referencia al discurso del paciente, al texto del discurso del paciente, mas contratrasferencia de parte del analista. La forma de acotar la subjetividad del analista, la contratrasferencia, decir que no está en juego, no quiere decir que no exista, no quiere decir que el analista no tenga yo. La función del analista como tal, lo que se le llama deseo del analista, no está sostenida en la subjetividad ni en la contratransferencia ni en el yo, sino en el lugar que le atribuye a la transferencia en el campo del Otro. Y ese lugar está sostenido en el discurso pronunciado por el paciente.

Por eso en los analistas de la IPA se da menos referencia al discurso y más referencia a la subjetividad. Por eso la angustia no se interpreta, porque si se interpretara, como no hay discurso de la angustia, lo que haría el analista sería explicar, especular sobre lo que le pasa al sujeto con la angustia. Por eso nosotros precisamos el discurso. No hay silencio que deba ser interpretado, no hay angustia que deba ser interpretado, lo que interpretamos es un discurso.

Todo esto se juega en las entrevistas preliminares. Entonces, cómo podemos entender las entrevistas preliminares desde la perspectiva de lo que llamé el contrato analítico. Por supuesto, hay alguien que quiere ir a un analista, tiene su yo y su voluntad, y decimos que no es que esto no esté en juego. Para nosotros, alguien que dice, estoy decidido a analizarme, estoy dispuesto a pagar por el análisis, etc. y, además, quiero analizarme con usted, no confiamos en la declaración del sujeto.

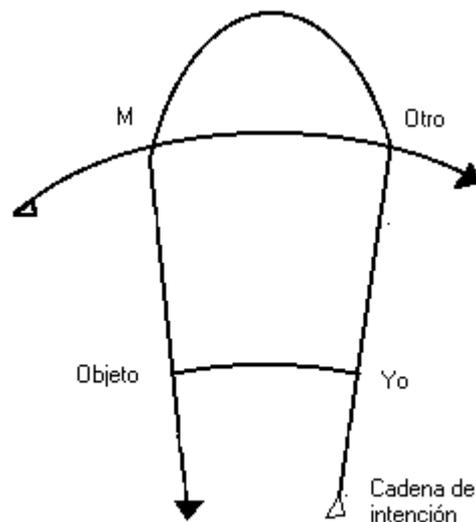
El contrato analítico

El llamado contrato analítico, pasado a las entrevistas preliminares, quiere decir que nosotros no creemos en las declaraciones voluntarias, sino que las entrevistas pueden durar mucho o poco hasta que pueda hacerse un acuerdo entre el Otro, que ocupa el lugar del analista, y el inconsciente. Entrevistas preliminares implica ese contrato. Es difícil cuando no están reglamentadas las cosas, por horario, cantidad de veces, cuando los principios del psicoanálisis no dicen que hay que hacer cuatro sesiones; esto queda a cargo del analista. Es diferente a cuando eso ya estaba fijado y el analista no tenía dudas; él estaba sostenido en una convicción que no era de él sino de la institución, la que decía que el psicoanálisis se debe hacer en cuatro sesiones si no, no es psicoanálisis. Además lo respaldaba un título de psicoanalista. Por lo tanto, con todo el marco institucional decía, con toda tranquilidad, sin el temor de perder pacientes, todo le indicaba, que tenían que ser cuatro sesiones y si el paciente no se quedaba, era inanalizable con él y punto.

Digo esto porque lo que quiero dibujar son las problemáticas y los síntomas de los analistas lacanianos. Cuando todo esto no está fijado, número de sesiones, jerarquía institucional, todo eso queda a cargo de uno. Y cuando no decimos que el psicoanalista es el que tiene un título de algo, inclusive cuando nos referimos a no basarse en el reconocimiento social de ser psicoanalista, lo decimos porque el psicoanalista no se sostiene, él tiene que probar, hasta el psicoanalista más renombrado, que hace psicoanálisis. Y hace psicoanálisis según como interpreta. O sea que todo debe ser probado, esta es nuestra dificultad lacaniana. Nada está a priori, definido y decible. Por lo tanto, un análisis se arma de acuerdo a las respuestas que da ese que se supone es un analista. Y lo tiene que probar con la comunidad analítica y lo tiene que probar su paciente si después va a hablar con alguien en el Pase como se hace en la institución lacaniana.

Discurso del inconsciente

Suscribir el contrato con el inconsciente implica, escuchar un discurso. Escuchar un discurso hace necesario distinguir dos niveles: un discurso pleno de sentido, y otro que es permeable a la metáfora, en lo que Lacan llama el grafo en su forma más primitiva.



Acá está la necesidad, éste es el circuito intencional, que es el circuito intencional llevado a una primera entrevista, es lo que la persona quiere formular como motivo de consulta. Es el circuito sobre algo que lo hace sufrir y, en la necesidad de tratarse, va y lo formula. Acá Lacan pone el ideal, o sea que se parte de una necesidad, la formula en un discurso, y tiene un ideal, de hacer saber tal cual es su necesidad, de poder expresar lo que le pasa. El problema, dice Lacan, es que contrario al circuito intencional, lo que se cruza en sentido contrario, es la cadena significante. Ambos vectores se cruzan en un punto que es el lugar del Otro. Es el lugar que va a ocupar el analista. Y acá está lo que se llama mensaje. Esta cadena se cruza al revés del circuito intencional. Y acá hay dos puntos, el yo y el objeto metonímico, que es lo que llama discurso pleno de sentido. El discurso pleno del sentido, el que comprendemos, es el discurso que estoy pronunciando en este momento. Lo que pasa es que debajo, al costado, de este discurso, hay lo que se llama la cadena significante. Y la cadena significante, cuando se pone en ejercicio, destituye el discurso. Esto implica que, cuando no hay discurso en una entrevista primera, hay que crearlo. Hay sujetos que tiene un discurso replegado, esto porque no pueden hablar, no pueden expresarse.

En las entrevistas preliminares tenemos distintos tiempos, según la persona. Qué quiere decir cuando no hay discurso, cuando no se puede expresar. Quiere decir, una persona con un discurso precario. Una persona que dice: yo qué se, y uno le dice: espere, explíqueme esto, y él dice: yo no sé. Es un discurso pobre en su transmisión.

Lo primero que quiero decir es que la primera formulación allí es que tenemos que ser causa y estímulo de un discurso que pueda ayudar, desplegar un discurso. ¿Cómo se ayuda a desplegar un discurso? Se ayuda conversando. Se ayuda teniendo una conversación amable, no con esa dureza psicoanalítica, para permitir el grado de confianza necesaria, el acompañamiento -que no hacemos de ninguna manera dentro del análisis-, pero sí hacemos un acompañamiento, hasta que tengamos la certeza de que hay un discurso que se despliega. Porque si no se despliega un discurso, una de dos, o es un caso de inhibición, que tenemos que levantar antes de empezar el análisis, o se trata de una psicosis. Y entonces de ninguna manera podemos implicar a alguien en un análisis que no tiene un discurso armado.

La transferencia

Esto nos va a orientar bien para otro tipo de fenómenos dentro de las primeras entrevista. Sin las entrevistas preliminares no podemos distinguir a alguien que se analizó muchos años y demanda un nuevo análisis de alguien que nunca se analizó. No podemos ubicar de la misma forma a alguien que ha esperado a un analista mucho tiempo de alguien que lo recibe en un hospital. En el primer caso ya hay algo constituido y en el otro hay algo que tiene que ser constituido. Entonces, ¿eso qué quiere decir? Que la transferencia no hay que suponerla y estoy refiriéndome a la transferencia imaginaria, es decir, respeto, confianza de un paciente. Cuando hay, la contamos a favor, pero cuando no la hay, así como cuando no hay discurso, la tenemos que constituir. Entonces a lo mejor debemos dar pruebas de capacidad. En análisis no vamos a hacer demostración de ninguna capacidad, ni de inteligencia, allí vamos a hacer semblante del objeto. Una persona que viene con desconfianza al análisis, que no conoce al analista, etc., no lo puedo poner en la misma posición de alguien que nos conoce. Todo esto es construcción transferencial en lo imaginario del término, que

después se va a poner en contra del análisis, pero no hay más remedio, en el análisis en general, que construir cosas que después deconstruimos. Es un movimiento constante de construir para deconstruir.

Entonces, estamos en lo previo a las entrevistas preliminares, o sea debemos crear las condiciones de las entrevistas preliminares. Es también el ejemplo de alguien angustiado, a quien no se puede responderle enigmáticamente. La angustia es un signo de que uno no tiene una posición para responder, y entonces esta es una persona que esta enigmática en la posición del ser, entonces enigmatizar a alguien que esta enigmatizado es angustiarlo más. Por lo tanto, si se despliega un discurso sobre la angustia cuando alguien se sienta y lo único que puede hacer es llorar, puedo decirle unas palabras; una manera de hacer algo con eso es ayudarlo a empezar a buscar explicaciones de lo que pasa. Esta mañana hablábamos de que no hay que comprender; no suponemos que si alguien se angustia es por una causa, porque la causa puede ser la angustia misma. Lo que hay que formular cuando la angustia es muy insistente es empezar a interrogar a la angustia misma, en el sentido de sus fundamentos, hasta que empiece a interrogar su relación a la angustia. No el por qué de su angustia, sino la relación y el lugar de la angustia en su vida, en su historia, y su lugar **con** relación al sufrimiento, que puede ser una relación con el sufrimiento por el sufrimiento mismo, o sea el sufrimiento como síntoma. No la angustia por esto o aquello, sino la fascinación con el sufrimiento y con la angustia en sí. Poner la angustia en cuestión, no comprender la angustia, preguntarle a alguien que está llorando, -no hay que dar por obvio que el llorar es una verdad que hay que respetar, sino que hay que preguntar- entonces, funciona por fuera de lo que está diciendo, funciona por un anclaje por fuera del sentido actual que está pronunciando que acompaña su posición. Es decir, poner la angustia en el tapete como su respuesta frente a las cosas de la vida; la angustia, el sufrimiento y todo esto qué implica.

Irrealización del referente

Ahora vamos a entrar directo en las entrevistas preliminares. Lo que tenemos, es un discurso constituido y, en base a lo que Lacan llama deseo del analista, hay que tener la capacidad, difícil, de no escuchar en un discurso la referencia. En la referencia del discurso todos somos iguales, y todos podemos comprender. Referencia al discurso es cuando uno le pregunta qué le pasa, por qué viene y responde: bueno vengo porque tengo problemas matrimoniales. ¿Qué es eso? Es el discurso pretendiendo decir lo que le pasa. Lo que tenemos que saber, que lo subrayaba esta mañana, es que entre el discurso y el matrimonio efectivo, firmado, efectuado en su casa, hay una distancia, y que la distancia es inexorable a todo discurso. Entre el discurso y la realidad, ahí, el psicoanálisis es anti aristotélico. Para Aristóteles el discurso se articula a la cosa, para el psicoanálisis hay una separación tajante entre el discurso y la cosa. El analista no debe quedar cautivado por la función descriptiva del lenguaje. Cuando uno no se ata a la función descriptiva del lenguaje, ¿a qué se ata?, ¿qué pone en juego? Pone en juego un sistema de palabras. Y cuando pone en juego un sistema de palabras, lo que ocurre es que empieza a haber particularidades de esas palabras. En una entrevista veremos si escuchamos el discurso y no escuchamos la referencia; esto es una forma de decir: no comprendo. No comprendo lo que me quiere decir; comprendo, escucho, lo que me dice, pero no lo que quiere decir. Es decir, el análisis y la respuesta del analista son respuestas que se orientan en la irrealización del referente.

Irrealizar el referente quiere decir anular la función descriptiva del lenguaje. Cuando tenemos este discurso que no comprendemos, tenemos una serie de enunciados que dice ese sujeto, podemos escuchar ciertas particularidades que dicen esos enunciados. Estoy pensando en la primera intervención del analista en la primera entrevista. En un discurso con una serie de enunciados vamos a tener distintos elementos del discurso que son los elementos más interpretables. Tenemos menos permeable y más permeable. Cuando el discurso vacila, tenemos efecto más permeable, es allí donde entramos. Cuando el discurso es consistente, cuando el discurso en la entrevista es más consistente, tratamos de mover los hilos para que aparezca el efecto de no consistencia de este discurso, que es el discurso pleno de sentido. O sea que tenemos dos particularidades, o el discurso mismo ofrece, o nosotros lo provocamos. Cualquiera de las dos cosas. Cuando el discurso ofrece, es un discurso más permeable para el análisis; cuando el discurso no lo ofrece, nosotros tenemos que empezar a palpar los elementos del discurso y si el sujeto responde: no me entendió, voy a aclarar lo que le quise decir, eso quiere decir un yo fuerte que no se deja atravesar por este movimiento y que sigue sosteniéndose en su voluntad de decir. Esto es lo típico de un sujeto obsesivo; es lo que Lacan llama en el obsesivo la castración del sentido. La amenaza en un obsesivo, cuando uno le quiere alterar el sentido de lo que dice, es la equivalencia freudiana de la castración; la amenaza de la castración, la castración del pene. Esas frases son una ilustración que hace Freud, es una metáfora que hace Freud sobre la castración. Pero cuando uno pasa el psicoanálisis por el lenguaje, la castración no pasa por el pene, sino pasa por el sentido. Y esto nos ofrece, desde Lacan, reintroducir las categorías freudianas en un discurso efectivamente pronunciable. Cuando uno escuchaba, sin Lacan, el yo es una instancia psíquica metapsicológica, percepción - conciencia, -recitaba todo eso-, no se veía muy claro el funcionamiento clínico del yo. Cuando Lacan pone el lenguaje, el yo ya no es solo una instancia psíquica metapsicológica que sostiene el principio de la percepción - conciencia, el principio de realidad, sino centra el yo en el discurso voluntario, intencional.

Recuerden que el analista habla desde el lugar del inconsciente del sujeto. Si no habla desde el lugar del inconsciente del sujeto, el analista está reforzando el yo, es psicoterapia, refuerzo del yo, etc. Al hablar fuera del yo, fuera del refuerzo del yo, el analista tiene que actuar en consecuencia con el estilo del inconsciente y de la alucinación verbal. ¿Cómo actúa el inconsciente? El inconsciente cuando actúa, por ejemplo con el lapsus, nunca el inconsciente es explicativo cuando hace algo, nunca desarrolla una teoría o una formulación sobre lo que es el inconsciente. El inconsciente irrumpe, tiene una irrupción que altera toda la posición del sujeto: quiere agarrar esto y con el codo tira esto. Son actos sintomáticos que dicen: yo no quise hacer eso, pero lo hice, fue inconsciente.

Lacan dice fue el Otro, porque exterioriza el inconsciente del sujeto, no de adentro del sujeto sino en tanto funciona como Otro. Porque dice: yo estoy acá y el inconsciente me irrumpe acá. Radicaliza esta acción y dice el inconsciente es el Otro del que quiere hablar; dice el inconsciente está en el lugar del Otro. Por lo tanto, el analista tiene que interpretar en el estilo del inconsciente, esto quiere decir sorpresa e irrupción. Cuando actúa por sorpresa y por irrupción no lo hace por explicación; lo contrario a la sorpresa es la explicación. Si el analista no actúa por irrupción, entonces nunca su respuesta puede ser extensa. Si el analista habla con el estilo del inconsciente, el analista jamás podría hablar más de una frase, y a lo mejor más de una palabra, o a lo mejor más de un gesto. O sea que la intervención del analista, si toma realmente el estilo del

inconsciente, tiene que ser corta. Así lo dice Lacan en el Seminario V, la interpretación tiene que ser breve, es más bien un aforismo que una explicación. Decía que el analista, además, actúa con el estilo de la alucinación verbal. Sorpresa e irrupción del lado del inconsciente para entrar al campo del yo de la alucinación verbal. La alucinación verbal, ¿cómo le viene al sujeto? Le viene de afuera. Algo le dice tal cosa, después de tal o cual movimiento; lo que hace el psicótico es atribuirle eso a una persona. Pero la alucinación verbal le viene de afuera, algo le dice. ¿Quién le dice? Si es un paranoico va a decir, ese me dice. Pero si quitamos la atribución subjetiva algo le dice, y se queda escuchando la voz que escucha. Les quiero decir esto porque el analista, cuando formula la interpretación, lo hace sobre el fondo, no del “yo lo digo”, sino dice “esto”, sin el yo. O sea que no arma la situación vincular. Una metáfora de la buena interpretación sería decirle a alguien, después de una sesión, de una entrevista, cuando ya se va, cuando ya está de espaldas bajando una escalera, decirle “blanco” y cerrar la puerta. Escuché un “blanco”, ¿quién lo dijo? Ya el analista le cerró la puerta. Es una metáfora muy cercana a la alucinación. Si no recuerdo mal, lo dice un paciente, que Lacan le tiraba interpretaciones por la ventana. El consultorio de Lacan era un primer piso y los pacientes salían por abajo, y a veces Lacan salía por la ventana y les gritaba algo. Todo esto va a qué, a que en la interpretación no hay que darle consistencia a la persona del analista. Hay que borrar el yo; poner entre paréntesis la contratransferencia, la subjetividad, etc.; es desalojar y no armar la situación vincular de persona a persona.

¿Qué es el inconsciente en esta perspectiva? Formas de decir. Esta es la ventaja de que Lacan cruce la estructura del lenguaje con el inconsciente. Entonces, el inconsciente son formas de decir. Más adelante, Lacan en su enseñanza va de las formas de decir a las formas de gozar. O sea que primero lo pone como formas de decir y luego como formas de gozar, donde está en juego la pulsión. El inconsciente habla en los márgenes de nuestra voluntad de decir, todo lo que no pretendemos decir y decimos, es allí donde habla el inconsciente. Por eso, una primera entrevista preliminar toma toda la consistencia de la función descriptiva, y recorta algo de los márgenes de la intención de decir, y lo extrae del contexto significativo, de todo lo que el sujeto quiere decir.

La interpretación

Lacan dice interpretación por la cita, que quiere decir, recortar una frase del paciente del contexto. Lo que decía esta mañana es que la interpretación por la cita, recorte en una primera entrevista, implica dos tiempos, porque cuando uno recorta una frase del discurso del paciente, el paciente puede tomar varias posiciones frente a ese recorte. La primera que puede tomar sería explicar lo que quiso decir, tapando la distancia que le proponemos. La otra posición es preguntarle al analista por qué le recorta lo que le recorta, qué es lo que el analista no quiere decir. La tercera posición respecto de esa cita es responder con ocurrencias alrededor de eso que le fue recortado, que no estaba calculado en él, lo que la cita le provocó. Allí también se juega si el paciente ha tenido análisis, y tiene una posición respecto de eso, o es alguien que no. ¿Qué medimos con esa respuesta? Medimos la distancia para entrar al análisis. Un sujeto que está atado al sentido, que no puede desprenderse de lo que quiere decir, está a distancia de entrar en análisis, en cambio un sujeto que es permeable a ese recorte se acerca al comienzo del análisis.

Primero hago el recorte, cuando el paciente viene con todas sus significaciones a querer envolverlo, lo freno, y le doy una respuesta: no es eso. Le trato de obstaculizar, que

absorba el “blanco” en su contexto significativo, trato de ponerlo en posición de sujeto. Lo que estamos diferenciando, cuando digo discurso voluntario, es el yo del sujeto. Uno es el yo y otro es el sujeto del inconsciente. No hay entrada al análisis sin experiencia del efecto sujeto de soportar la división subjetiva. La división primera es entre lo que quiero decir y lo que dije, y el analista funciona allí.

La división produce efectos diferentes según la neurosis. Cuando uno intenta dividir a un obsesivo, lo que va a decir el yo, pueden ser dos cosas; si es amable, va a decir: sí, está bien, ya sé que a los lacanianos les gusta jugar con las palabras. Un obsesivo no tan amable dirá: yo no vine a perder mi tiempo, tengo problemas serios que traer y resolver, y aparte mi mujer me va a preguntar qué hice en sesión. Si le digo esta pavada no me va a creer. Es decir, el obsesivo se angustia con el sentimiento de inutilidad, porque el obsesivo necesita trabajar, tener efectos de consistencia, verificar en cada sesión cuál fue el resultado y el efecto en el trabajo, y nosotros lo que le estamos proponiendo es la inconsistencia de su posición en la vida. Entonces, cuando va a verificar qué sacó de la sesión, no sacó nada y cuando sacó nada, cree que eso no sirve; y nosotros creemos que, cuando sacó nada, esto es fundamental. Esto quiere decir, y es muy importante que uno lo sepa, que cuando una persona dice que en la sesión pasada no pasó nada, esto tiene igual valor o quizás más valor que cuando uno dice la sesión pasada fue extraordinaria.

La función descriptiva del lenguaje está anulada para nosotros, dice que no pasó nada, o dice que pasó algo; ambas frases tienen resonancia de distintas formas: puede ser que alguien dice esta sesión que tuve no pasó nada; a diferencia de alguien en posición analizante que con esa frase va a hacer cosas. Y del no pasó nada, algo tendrá resonancia que le va a implicar seguir trabajando, pero no agarrado a la posición yoica.

Freud creía esto que dice Lacan: si es bueno o malo lo que le digo, no me interesa, la respuesta y la efectividad de la interpretación no la leo en el asentimiento del paciente. Lo que funcionó bien o lo que funcionó mal lo veo en lo que el paciente me dice sobre si la sesión fue buena o mala. Eso es un analista neurótico que está a la merced del reconocimiento. Para nosotros es un discurso sin valor descriptivo que formula el sujeto, que tenemos que captar en el sentido de esto que estoy diciendo.

La otra cuestión muy importante, y que no puede hacer un paranoico, es desidentificarse de su yo. En el paranoico, el yo y el sujeto están pegados, por eso la consistencia paranoica, lo inquebrantable de su discurso, es que no hay separación del que habla y el inconsciente. Sujeto y yo están fusionados. En un sujeto neurótico, esto se separa fácilmente muchas veces. Esto se lee en una sesión o en una primera entrevista, cuando el sujeto hace un comentario de lo que le estaba diciendo. Dice: me parece que estoy hablando muy rápido. Me desidentifico del discurso que estoy pronunciando, me separo y escucho el discurso que estoy pronunciando y lo escucho, por ejemplo, que estoy gritando. Esto es el momento de división, que es que cuando hablo, hablo y hablo estoy identificado con lo que digo, en un momento me separo y digo: estoy gritando demasiado, disculpen. Es hacer una separación de la consistencia de la identificación a mi discurso y hablar desde otro lugar. Este lugar se llama división. El analista no la provoca sino que en el sujeto aparece y allí agarramos la posta. Supongamos que fuera una primera entrevista, no lo deja seguir, y le dice mire, usted grita. Confronta al sujeto con algo que se le impuso, con los decibeles con los que estaba hablando, que en un momento el tipo se dio cuenta que gritaba. ¿Desde dónde entendió el tipo que gritaba?

Entendió desde algún lugar de él que no era su conciencia. Y algo le dijo: gritas, gritas como cuando gritabas en el colegio. Pero el hombre observa que está gritando, y se le hace presente, se le impone por fuera de lo que vino a explicar: que él grita. ¿De dónde vino eso? Vino de otro lugar, vino fuera de la voluntad de decir, vino del inconsciente, dice Lacan, en los márgenes del inconsciente. Eso es cuando el inconsciente habla; y cuando el yo se corre, el yo inmediatamente quiere volver. El analista debe hacer obstáculo para reforzar la presencia allí del inconsciente.

Entonces, un sujeto que se escucha gritar, el analista corta la entrevista y le dice: estás muy gritón. Si fuera la tercera sesión, y que esto sucede a los tres minutos de la sesión, cortarí la sesión, lo haría salir y al salir le gritaría. Es una metáfora, siempre las formas de intervención son indirectas; podría interpretar el grito de otra forma, no es esa sola, podría interpretar bajo la forma de gritar. Cuando el sujeto dice: estoy hablando alto, grito, el analista grita: ¡se terminó la sesión!, y hacer presente el grito como cuestión. Es decir, formas indirectas, no racionalizadas, no permeables al yo, que el yo no las pueda capturar para orientar al sujeto en el análisis.

Entrada en análisis

Cuando se terminan las entrevistas preliminares, estamos en una dialéctica que es así: discurso del sujeto, respuesta del analista, discurso del sujeto, respuesta del analista, discurso del sujeto, respuesta del analista. Cuando las respuestas caen en el desecho, no hay acercamiento a la entrada en análisis. Todas estas respuestas tienen consecuencias en el sujeto; el sujeto tiene que responder en consecuencia a los gritos: del grito a no pensó hablar de los gritos, pero habló de los gritos, cree en eso y aparte se fortalece ese camino. Ese es un sujeto que está cerca de la entrada al análisis: viene de hablar de un problema muy importante, y aparecen los gritos y concedo al lugar de los gritos y toda la temática de los gritos, dejo un poco de costado todas las importantes cosas que vino a decir. Es un paciente que está muy cerca de la entrada al análisis. El análisis funciona o el analista autoriza una decisión del paciente de entrar al análisis. Hay pacientes que dicen: quiero ir al diván; podría ser una forma figurada de entrar al análisis. El analista puede decirle así es, o el analista puede provocar la entrada al análisis, bajo la forma de sancionar la propuesta del paciente. Todo esto quiere decir que para entrar al análisis se requiere un pacto y condiciones. Una, la experiencia, por lo menos una, del efecto sujeto. Porque escucho decir muchas veces: tres años de análisis y este paciente no asocia; o que hizo entrar a alguien que no estaba preparado para análisis. Hay dos niveles de respuesta. Pueden reclamar al paciente que asocie, pero no olvidemos nunca que se lo estamos pidiendo al yo, a la parte sana del yo. Uno puede dirigirse al inconsciente, y no al yo, en posiciones que cause a la asociación en el paciente, que se sostenga ese camino. Cuando uno le exige que asocie, una cosa es al yo y la otra al sujeto. Desde un punto de vista estricto, provocar la asociación libre es provocar y estar en posición de destituir los sentidos que uno dice, estar más allá de los sentidos.

El significante de la transferencia

La clave de esto está en lo que Lacan llamaba el significante de la transferencia. El significante de la transferencia quiere decir dos cosas: quiere decir un significante privilegiado, en todo el contexto de las entrevistas preliminares, un significante que tiene cierta dominancia, no la dominancia absoluta, sino sería el fantasma fundamental del final. Un significante que ha tenido determinada predominancia, y que ha tenido una predominancia que da el efecto de que, cuando uno recorre para atrás el análisis hecho,

no recuerda las intervenciones del analista lacaniano. Como el analista no hace interpretaciones, sino hace cortes, agregados, la interpretación queda subsumida en lo que el paciente reconoce como su particularidad. Entonces, no es que hubo una interpretación en donde el analista dijo esto, lo otro, dijo todo esto. Sino que dijo “blanco”, y el paciente dijo, “blanco”, y esto y lo otro y, lo blanco del analista quedo subsumido en el reconocimiento de la blancura, y el sujeto empezó trabajando con el blanco y el analista dijo “eso es”, o dijo “mmm” y esa fue su interpretación. Y después queda subsumida en los reconocimientos, en los recortes que hace el propio paciente de su propio discurso.

Por eso, a mi entender, en el fantasma fundamental al final del análisis están subsumidas una serie de interpretaciones que ya no se reconocen ni por el paciente ni por el analista como interpretaciones hechas, pequeños cortes acá, una interjección acá, que ha capitalizado eso como fantasma fundamental, que el paciente reconoce como propio. Por eso del análisis propio, uno puede recordar cinco interpretaciones del analista, su corte, su formulación, pero no recuerda las cientos de intervenciones que hizo. Incluso no se registran tal cual como interpretación sino que queda incluida en los recortes que hizo el analista.

Lo que quiero también subrayar es que acá, en el comienzo de unas entrevistas preliminares, empezamos a generar una ficción. Por qué decimos todo lo que estoy diciendo cuando hablamos del significante de la transferencia. Primero, qué quiere decir significante y, luego, de la transferencia. Es un significante incluido por el analista, el analista puso un significante en el discurso del paciente, que el analista recortó, que el paciente consintió a eso, trabajó sobre eso, desarrolló sobre eso, con eso orientó un poco su camino de entrada al análisis, a eso le agregó producción de sueños, que giraron alrededor de ese significante. Ese significante que estaba, ¿estaba en el discurso o en el inconsciente del paciente? Respuesta: No, o no de esa misma forma; es un significante que se constituyó en la dialéctica con ese analista. Entonces el significante de la transferencia es un significante de la transferencia con ese analista. ¿Con cualquier analista sería el mismo significante? No, es un significante particular, porque sino habría interpretaciones exactas. Es un significante de una construcción que se hace entre el discurso del paciente y la intervención del analista. Por eso el significante de la transferencia es una particularidad del sujeto que viene a hablarnos y es una particularidad de la respuesta del analista y en esto tiene un valor constructivo; o sea no estaba, no es el único que había, sino que es el que se constituyó por las respuestas. Si ponemos una primera entrevista, y nos repartimos entre todos, es probable, que no todos coincidamos en el mismo recorte y, según el recorte que hagamos, es lo que se arma. Todos los recortes son válidos, puede haber unos mas válidos que otros, unos mas caprichosos, unos con mas resonancia y otros con menos resonancias, pero hay alternativas totalmente válidas que son de la dialéctica particular de ese análisis. Por lo tanto ese significante de la transferencia empieza a construir una ficción, empieza a construir un sujeto, que no estaba antes. Entonces el significante de la transferencia es de la articulación con ese analista y además es un significante que pone en el paciente, que orienta y ordena algo de su vida, de su posición frente al analista. Algo; si fuera todo sería el final del análisis. Es un rasgo, es algo que le permitió captar algo de su singularidad. Eso autoriza a la entrada al análisis.

El síntoma

En las entrevistas preliminares está el tema del síntoma. Esto es una lectura que Jacques-Alain Miller hace del texto de Lacan, con lo cual orienta. Nosotros decimos no entrar al análisis sin síntoma; no hay entrada al análisis si no hay síntoma. O sea que el anclaje fundamental de la entrada al análisis, la pregunta sistemática que yo hago en un control o cuando alguien presenta un caso es ¿qué estatuto tiene ese síntoma? No hay adecuada entrada al análisis porque no hay un adecuado diagnóstico diferencial, además.

¿Qué es un síntoma? Primero de todo, si no hay un síntoma, ¿qué hay? Si no hubiera síntoma, si no le damos importancia al síntoma, si no hay la exigencia de síntoma, entonces vamos al analista porque tengo algunas cuestiones, o quisiera mejorar mi calidad de vida, o ser psicoanalista, etc., etc. Todo esto presupone algo. Primera cuestión, que el análisis es para todos. Y es para todos bajo cualquier circunstancia. Y además, no hace mal, como escuché decir varias veces. Hace mal. No es que no hace mal; no es inocuo analizarse diez años, porque el análisis ocupa un lugar en el aparato psíquico del sujeto. No es inocuo el análisis si no está el síntoma en juego. Entonces hay entrevistas preliminares porque precisamos la determinación del síntoma. Entonces para nosotros es clave porque la demanda consistente de un análisis se sostiene en un síntoma, si no, no está asociando. ¿Qué entendemos por síntoma? El síntoma tiene varios estatutos. Para un sujeto es algo que produce displacer, el síntoma es un obstáculo constante que le provoca displacer. Pero podría decir que hay síntomas que no provocan displacer, son síntomas incorporados a su yo. La caracteropatía son síntomas incorporados al carácter que no se registran como problemas, y el obsesivo tiene esta particularidad de que sus síntomas están incorporados naturalmente a su estructura. Entonces, el primer trabajo con el obsesivo es que el sujeto lo perciba como tal, que lo registre como síntoma. Cuando uno pretende señalar al obsesivo algo extraño que hace o que dice o una posición, va a decir: sí, sí, a todos nos pasa lo mismo, ¿a usted no le pasa? Cuando se va a querer recortar el síntoma, el obsesivo normalmente responde con el universal de su posición. Los que sufren los síntomas son los que están al lado, especialmente por el lado de la mujer. El síntoma del obsesivo es la mujer. La mujer, a veces complementa el síntoma del obsesivo, haciendo todo lo que al obsesivo no lo descompensa, pero a veces cuando la mujer se empieza a analizar, y empieza a descolocarse del complemento del obsesivo... generalmente para él no hay falta de un análisis, esas son cosas de mujeres, etc. Cuando la mujer empieza a descompletar y no le complementa el síntoma sufriendo ella por él, y empieza a separarse y a alejarse de esa posición complementaria al síntoma, a veces el obsesivo allí puede entrar en el análisis.

Primera cuestión, decía, el síntoma tiene un estatuto. El estatuto de sufrimiento que el sujeto reconoce como tal, es decir, el síntoma vivido por la persona que lo viene a contar. El estatuto analítico del síntoma, tiene que ver con el discurso. Si la problemática para nosotros es del discurso, y todos estos “hechos sufridos”, ¿cuál puede ser el síntoma analítico? ¿Cuál es su consistencia? La consistencia del síntoma analítico es que es un enunciado con valor sintomático. Es entonces un síntoma que debe arrastrar lo que el síntoma vivido tiene, que es peso, consistencia pulsional alrededor de este enunciado; o sea que tiene que ser un enunciado que tenga un peso particular. ¿De dónde salió este enunciado? Salió probablemente del relato del síntoma, del síntoma vivido, de la función descriptiva. Al describir su síntoma pone en juego un discurso, el discurso se separa de lo vivido y crea otra cosa; esa otra cosa que se crea con el discurso

descriptivo del síntoma que sufrimos es el síntoma analítico. La duda, por ejemplo, no puede ser un síntoma analítico en un obsesivo; todo obsesivo tiene la duda como síntoma. Lo que hay que saber en todo caso son los significantes, los enunciados con que cada obsesivo habla de su duda. Si hacemos hablar a diez obsesivos de su duda, la duda será del referente, pero toda la intención de decir sobre la duda serán los significantes nuevos particulares de la sintomatización de su duda.

Hay construcción del síntoma en la entrada al análisis, formalización del síntoma decía Miller. Formalizar el síntoma quiere decir ponerlo en lo simbólico. Miller ponía ejemplos, comparaba la puesta en forma del síntoma analítico con la puesta en forma de una queja jurídica. Formas, como le ocurrió a un paciente mío que le caía agua a su living del departamento de arriba, y fue, le toco al vecino, dijo: mire ahí hay una fuga de agua; el vecino sacó un cuchillo, el otro regresó con un revolver. Eso fue especular, sin puesta en forma del síntoma. La puesta en forma, decía Miller, de la queja es introducir la forma jurídica de la queja, es la forma simbólica de la queja. No es que te hago esto o que te hago aquello, sino es la representación, en la puesta en forma jurídica, de una queja, que no es con cuchillos ni revólveres, sino que es con argumentación, con argumentación lógica. La puesta en forma quiere decir eso, quitarle el valor de subjetividad desatada, para poner la puesta en forma en discurso, en significantes, en el enunciado particular de ese sujeto.

Todo esto que vimos son aproximaciones; a veces sucede, como me sucedió, que veo un paciente, controlo el caso, lo presento en Congresos unas cinco veces, y el paciente después de entrar en análisis, después de cuatro sesiones dijo: no me gusta, no voy con esto. Ocurre. O sea que siempre hay algo que escapa. Son decisiones, con las que intentamos aproximar algo de la construcción de esa ficción. Esto que dicen que es matemático no funciona así.

El significante de la transferencia lo puede recortar el analizante mismo y el analista tiene que darle una función, sancionar a ese reconocimiento mismo. Es decirle: estoy de acuerdo, muy bien, excelente, y solo autoriza el propio reconocimiento del paciente. Puede ser también que lo sancione el analista, y el paciente traiga las resonancias de ese recorte; o puede ser de un modo dialéctico, como la interpretación freudiana. En un primer momento parecía que la manera como Freud construía causaba asociaciones.

Cuando interpreto, en las entrevistas siguientes veo los efectos y la eficacia de la interpretación; se ve si el sujeto asocia con eso que le digo. Tomemos el ejemplo de una persona que tiene muchas ganas de analizarse. Puedo decirle: no comprendo; es para que me explique de las ganas de analizarse. Supongamos que diga: porque en mi familia todos lo hacen y quieren que yo lo haga. Entonces, el analista, en las primeras entrevistas, interpreta, es decir, recorta una frase o acentúa lo dicho, etc. El paciente dice algo y le pido que me cuente las cosas relacionadas con ese dato. Esta es la diferencia con la anamnesis. Una cosa es orientar a que alguien haga una historia de una particularidad y otra cosa es recortarle una frase sin decirle de qué se trata. Esta persona que quiere analizarse porque todos en su familia lo hacen se le puede preguntar por qué quiere ser como todos. Y entonces podría hablar de la exclusión. Y esa persona en la segunda entrevista ahora habla de lo que es la exclusión del sujeto. Entonces interpretar la exclusión y, además, al hablar de exclusión, sale otra cosa...

Es interesante porque a veces en las entrevistas preliminares ocurre que el paciente no siga, a veces ocurre que ya hizo diez entrevistas con distintos analistas, cansado de hablar de lo mismo. Mi idea es que sería un fracaso mío que el paciente diga: ya estoy cansado de hablar de la misma cosa, y que no se quede con una marca. Entrar en el campo del Otro implica poner las manos en la boca del cocodrilo. Y cuando uno pone las manos en la boca del cocodrilo se va con una marca, no se va como si nada. Otras veces, para ver si esto es así o no, cuando una persona viene a una entrevista y no viene más, no dejarla caer, sino llamarla por teléfono. Se pueden decir cosas interesantes como: qué le pareció la entrevista, nunca demandando que vuelva, salvo excepciones. La primera entrevista, a mi entender, es una entrevista donde el sujeto supone que uno quiere que vuelva. Si por teléfono responde: no, yo no quiero volver, le digo: no, yo no quiero que vuelva, quiero decirle lo que me pareció lo que conversamos.

Las entrevistas preliminares pueden incluir también entrevistas telefónicas, a veces insistentes, a veces interpretaciones en el contestador automático. Esta creatividad que nos permite la práctica. Por ejemplo, un caso con una paciente que viene a entrevistas y de repente no viene más. Era una mujer que se había separado, y tenía esporádicas relaciones sexuales con hombres del tipo: una vez y corte, una vez y corte. La llamé por teléfono y le dejé el mensaje: yo soy hombre! Fue divertido porque yo había hecho un año de entrevistas, y la mujer no terminaba de implicarse, fue divertido porque al día siguiente me llamó y quería una sesión. Soy hombre, o sea, ella me había tomado como lo que le hacía a los hombres.

Cada vez que vamos a interpretar algo tenemos que agarrar la podadora. Y es recortar toda la explicación y decir sólo el núcleo. Usted me dice esto porque me considera un hombre sería la explicación que el yo se hace. Muy distinto es decir: usted me hace esto y explicarle al yo cuál es la cuestión, que hablarle al inconsciente y decirle: soy hombre. O sea que en todas las intervenciones cuando nos vamos a rodear de muchas explicaciones muy permeables al yo, tratamos de purificarlas de eso y decir el núcleo: soy hombre. Todas las intervenciones tendrían que ser podadas de todo acto explicativo que el yo las incorpora como autoexplicaciones. Todo esto nos permite no hacer avanzar un análisis con formulaciones de la demanda de análisis inconsistentes, débiles.